

ver. Cuando llegué, hace tres años, mi primer cuidado fué buscar su tumba, pero no la encontré.

Dijo estas palabras con una extrema sencillez; pero al concluir de pronunciarlas su pecho se hinchó y un torrente de lágrimas brotó de sus ojos.

IV

Esta emoción me llegó al corazón.

Era natural y sincera.

Anita se alejó ruborizada. La llamé.

—Siento mucho—la dije—haber despertado esos recuerdos. Ignoraba que hubiérais tenido tantas penas.

—He tenido muchas, es verdad...—me dijo.

Y trató de sonreír.

—Sin contar las que tendré aún,—añadió.

—¿De dónde vendrán? Vuestros malos días han concluido.

Movió la cabeza con aire de incredulidad.

—Para nosotros no concluyen nunca—dijo.

—¡Si viérais cuán desgraciados somos allí!

—¿Por qué? ¿sois pobre?

—¡Ay de mí! mucho más de lo que os podeis figurar. En Treogat y Pléneuf todos son pescadores. No se pasa un día sin que oigais hablar de una nueva desgracia. Cuando el

padre desaparece, la madre y los hijos ya no tienen á nadie que les proteja. ¡Y ya comprenderéis que una viuda... ¿Qué quereis que haga? Así es que en el cementerio no se ven más que pequeñas tumbas. Pues bien, los que mueren son más favorecidos que los que quedan. A los doce años, los muchachos se van al mar con los demás; las muchachas entran á servir en las quintas ó en la población, y pronto vienen á París para concluir como mi pobre hermana, en un hospital, después de haber adquirido una enfermedad en esas cocinas sin aire, quemadas por sus hornillos, mientras que por otra parte, se hielan en sus buhardillas. Ese es su destino.

—¿Vos no teneis por qué quejaros? Ana María.

—¡Oh! no, señor.

—¿Estais bien aqui?

—Demasiado bien, porque el día que salga de vuestra casa me costará trabajo acostumbrarme á estar en otra parte.

—Por qué?

—No puedo desempeñar una buena colocación. He tenido suerte en encontrar á Virginia. Ella es quien me ha tomado, porque es

bretona como yo. Apenas sé leer y escribir.... En nuestra infancia se ocupan poco de nosotros y las escuelas están lejos... Corriendo descalzos por la playa y pescando chirlas en las rocas, no se aprende mucho. ¡Es un desgraciado país el nuestro!

—Estoy seguro de que lo echareis de menos alguna vez...

Dejó errar en el infinito la mirada de sus grandes y lánguidos ojos.

—¡Oh! sí,—murmuró.

—Habeis dejado allí tal vez alguno á quien amais.

—El señor barón sabe que no tengo ninguna familia ya.

—No es de vuestra familia de quien yo quiero hablar.

—¿De quién pues?—preguntó poniéndose colorada.

Poco á poco me iba dejando aprisionar por el encanto de aquella ingenuidad que no era fingida.

Me complacía hablar con aquella muchacha, á quien algunos minutos ántes no concedía ninguna atención, y hubiera sentido que se hubiera marchado.

Esperaba mi contestación.

—De algún vecino—la dije—de un pescador... de un marino... de un amigo con el cual os hayais criado y que no dejará de quereros. ¿No es así como pasan las cosas de ordinario?

Guardó silencio, pero vi que su pecho enchía la tela de su ajustado corpiño.

—Teneis un vestido que os sienta muy bien,—la dije.

—Virginia es quien lo ha hecho, señor.

—¿Es buena para vos?

—Muy buena. Me enseña lo que puede. Por desgracia yo no soy dispuesta y aprovecho poco sus lecciones.

—¿Y los demás criados?

—No tengo por qué quejarme de nadie, señor barón, y si tuviera algún deseo...

—¿Sería?...

Levantó hacia mí sus muy expresivos ojos y respondió:

—El de quedarme aquí.

Saqué un cigarro del bolsillo.

La pedí fuego.

Fué á la chimenea, cogió una caja de ce-

rillas, encendió una y me la presentó haciendo un gracioso gesto.

Estaba muy cerca de mí en una actitud modesta, pero muy elegante.

Por azar, se me escapó el cigarro de la mano y cayó en la alfombra.

Se inclinó para cogerlo.

Fué cuestión de un momento; pero durante aquellos fugitivos segundos, entreví sus cabellos, rodeados á la nuca con un arte, que debía con seguridad á Virginia.

Formaban, dispensadme, la expresión, un paquete enorme, que se hubieran necesitado las dos manos para abarcarlo y de un matiz seductor. No creo haberlos visto jamás más bellos.

El cuello era de una forma adorable y de una deslumbradora blancura.

Al levantarse, se la entreabrió el vestido y vi uno de los extremos de una carta que guardaba en el pecho y cuyo sobre conservaba aun el sello de correos con que había viajado.

—¿Son noticias de vuestro país?—la pregunté sonriendo.

Me miró sin comprenderme.

La indiqué con el dedo el sobre cuya punta salía del corpiño.

—¡Ah! ya no me acordaba de ella... balbució. El señor baron lo ha adivinado, pero no quiero que el señor baron pueda suponer cosas...

No la dejé concluir; procuré tranquilizarla.

—Vuestros secretos son solo vuestros, hija mia, y yo no os los pregunto. En todo caso no sería extraño que hubiéseis dejado allí buenos recuerdos y que alguno os esperara... hasta que hayais ganado algun dinero.

—¡Dinero!

—Sin duda... para formaros un dote.

Se mordió los labios y la oí suspirar.

Ana María seguía presentándome la cerilla que estaba á punto de apagarse.

Encendí el cigarro y me dejé caer en la butaca.

Se dispuso á quitar la mesa, empezó á llevarse los platos y las botellas.

Yo la observaba con el rabillo del ojo.

Salió varias veces, ligera como un pájaro, deslizándose sobre la alfombra con graciosos movimientos, prolongando la tarea que hu-

quiera podido terminar en poco tiempo y volviendo sin cesar con una especie de indecisión.

Aquel ir y venir no me molestaba.

Al contrario.

Cuanto más la examinaba más me encantaban la gracia de sus formas, la increíble pureza de su perfil, la elegancia de sus movimientos.

Es imposible soñar una mujercita mejor formada, con una mirada mas hechicera, más dulce y más casta, y una frente mejor delineada.

La dentadura, sobre todo, me deslumbraba.

Conozco duquesas y damas de la alta sociedad que hubieran dado de buena gana, por tenerla tan preciosa, las rentas de algunos años.

Me preguntaba yo la causa de su vacilación, cuando de pronto, tomando una resolución enérgica, se acercó á mí después de haber puesto la cubierta de la mesa, y me dijo:

—Si me atreviera, pediría un favor al señor barón.

—¿Cuál?

—He dicho al señor barón que soy muy ignorante. No he leído bien esta carta y no me atrevo á dársela á nadie para que la lea.

—¿Por qué?

—Porque tal vez se rieran de mí... Y además, dice cosas que no he comprendido.

—¡Ah!...

—Yo sé que mis pobres asuntos no pueden interesar al señor barón; pero como hace un momento me hablaba de Treogat, en esta carta encontrará detalles del país... y verá...

Vaciló. Yo la animé diciéndola:

—¿Qué es lo que verá, Ana-María?

—Que si he abandonado mi pueblo no ha sido por haberme conducido mal en él.

Sacó con timidez la carta del corpiño y me la presentó.

—¿De modo que — la pregunté— quereis que yo conozca vuestros secretos?

—No lo són, señor baron.

—¿Cómo?

—Es una historia que todo el mundo sabe de memoria, desde Treogat á Audierne y más allá.

—¿Ha sido ella la causa de que abandonáseis la Bretaña?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—No estaba ya segura allí.

—Me sorprendeis, Anita.

—Lea, señor baron.

En el fondo yo estaba muy impresionado por mi nueva amistad, porque era para mí una verdadera revelación, un encuentro extraordinario, un descubrimiento que acababa de hacer en mi propia casa.

Me parecía completamente inexplicable que hubiera podido vivir un año cerca de aquella criatura sin conocerlo y sin unirme á ella, al menos por una especie de protectora amistad.

Miré un instante la carta antes de decidirme á abrirla.

Estaba dirigida: «A Mlle. Ana-María Le Guer, en casa del señor barón Chatel, avenida Gabriel», y tenía el sello de Plougastel, Finisterre.

La letra era de un anciano, esto se conocía á primera vista.

Me acuerdo hasta de los menores detalles de aquella primera escena, como si hubiera pasado ayer.

Anita estaba en pié delante de mí, esperando á oír la lectura de aquella carta que la preocupaba.

Imité lo que ella había hecho momentos antes.

Tomé tiempo.

Ella había prolongado su servicio en el comedor todo cuanto había podido; yo hacía uso de todos los subterfugios para conservar la á mi lado, no porque ella me inspirara ningún deseo—no soy fácil de inflamar,—sino porque experimentaba un verdadero placer en verla, en estudiarla como alguna cosa desconocida y nueva que no recordaba haber encontrado en mi vida.

Sentía una turbación y una emoción como si hubiera presentido que aquella entrevista traería serias consecuencias para el porvenir.

¿Y sin embargo, en suma, había nada más sencillo y menos inquietante?

Yo hablaba tranquilamente con una criada joven, casi una niña, porque no tenía más de veinte años y no los representaba.

Ella me iniciaba en su pasado, por azar, porque no sabía leer bien, y aquella carta tenía cierto interés para ella, tal vez por-

que temía poner en sus secretos á compañeras prontas siempre á burlarse, y que, en fin, el miedo de hacerse sospechosa de alguna intriga, la inspiraba el deseo de disculparse ante mí.

—Decidme: ¿de dónde viene esta carta?—la dije.

—De Treogat, señor barón.

—¿Quién os la escribe?

—El señor rector.

—¿Es de edad?

—Debe tener setenta años los menos.

—¿Es buena persona?

—¡Oh! sí señor, y allí son muy felices en tenerle.

—Si leo la carta es únicamente por complaceros, porque no quisiera ser indiscreto.

El barón se levantó.

Fué á su gabinete de trabajo y á los pocos momentos volvió con un papel doblado en la mano.

—Esta es la carta—dijo.—Como se la leí á la pobre Ana-María, voy á leéros la á vosotros, porque ella os explicará una situación que debéis conocer á causa de las terribles consecuencias que tuvo más tarde y que yo

estaba [muy lejos de sospechar entonces.

«*Treogat, 10 de abril de 1889.*

»Mi querida hija:

»Francisca Cloarec ha recibido la carta que hicisteis que la escribiera.»

Me interrumpí.

—¿No podríais escribir vos misma vuestras cartas?—dije á la bretona.

Bajóla cabeza.

—¡Ay de mí! no señor.

—¿Os sería imposible hacerlo?

—Imposible no, pero tardaría mucho tiempo.

—¿Entonces de quién os habeis valido.

—De Virginia.

Este nombre, como os he dicho, me crispaba los nervios.

No tenía ninguna prueba evidente de su odio hacia mí, pero no quería yo á esa muchacha y estaba casi seguro de que ella me pagaba en la misma moneda.

Puedo confiaroslo todo porque sabeis muy bien que no soy un fatuo ni un imbécil que estéposeido de mi persona, yo había sorprendido, ya hacía mucho tiempo, miradas dema-

siado benévolas que por prudencia afecté no ver.

Esos son descuidos que las mujeres perdonan pocas veces y no olvidan jamás.

—¿De modo que Virginia conoce vuestra historia?—repuse yo.

—Parte solamente.

—Me atrevo á aconsejaros que seais muy reservada con ella.

Ana-María pareció admirada, pero se inclinó.

Continué la lectura.

«Cuando la trajo el cartero, la pobre mujer fué en seguida á mi casa, muy contenta de tener noticias de su Anita.»

Me detuve otra vez.

—¿Quién es esta Francisca Cloarec?—pregunté á Ana-Maria.

—Es mi madrina, una viuda, una amiga de mi madre, una prima lejana... Perdió á su marido hace mucho tiempo. Era un pescador intrépido. Se ahogó un día al intentar salvar á un jóven de Paris que habia ido de Quimper á Treogat y se bañaba al pié de los peñascos. Aquel jóven era rico segun parece. Desde su muerte y la de Cloarec, sus padres

pasan á mi madrina una pensión de doscientos francos y la han comprado una casita situada sobre las rocas, precisamente sobre aquellas á cuyo pié ocurrió el accidente y á unos cuatrocientos pasos de la casa del señor rector.

—¿Doscientos francos de pensión?—dijo.

—Sí, señor.

—¿Es bastante para la viuda?

—Sí, señor. Con su casa puede vivir. Francisca y el señor cura son los más ricos del pueblo. En nuestro país se dice: el señor rector.

—¿Qué edad tiene Francisca?

—Unos cincuenta años.

—¿No se ocupa en nada?

—Sí, señor; pesca langostinos y chirlas en la playa á la marea baja.

—¿Y esa viuda es vuestra madrina?

—Sí, señor. No tengo más que á ella. No conozco á nadie en el mundo que se interese por mí, excepto Francisca y el rector. No sé qué hubiera sido de nosotras cuando perdimos á nuestra madre si no hubiera sido por ella.

—¿Hace mucho tiempo que no la veís?

Ana María se sonrió con cierta malicia.

—El señor barón no se enteró—dijo;—pero el año pasado, cuando volvimos de Trouville á fines de agosto, me concedió la señora un permiso de quince días. Entonces fui al país. Y fué á casa de mi madrina adonde fui á parar, á esa casita situada sobre las rocas.

—¿Os gustaba estar allí?

—Mucho, señor. ¿Cómo no le ha de gustar á uno estar en su país? Pero no pude quedarme allí.

—¿Porque necesitábais venir?

Anita oprimió los labios, y moviendo la cabeza, me dijo:

—No, señor, por otra razón.

—¿Qué razón?

Una gran confusión y una especie de púdica violencia se dibujó en su rostro.

—Continúe el señor barón la lectura de la carta, y verá—balbució.

«Te da mil gracias por los treinta francos que las has enviado; pero no la gusta que tú te hayas privado de ellos por ella. Dice que no la falta nada, á Dios gracias; que con su pequeña provisión de leña para el invierno y el producto de su campo, del cual piensa re-

coger una buena cosecha de patatas, tiene cuanto necesita, y que es más rica que tú, lo que tal vez sea verdad.

»Además, tiene buena salud, y el trabajo no la arredra. Está entre buenos vecinos, y entre nosotros ya se sabe que es preciso que nos ayudemos unos á otros.

»Te encargo, pues, que conserves tu dinero. Economiza, para el porvenir y acuérdate de tu hermana.

»¡Quién sabe si alguna enfermedad te hará perder tu colocación!

»Si esto sucede, ¡pobre hija mía! no pierdas un minuto, toma el tren y vente á casa de tu madrina.

»¡Se te cuidará, y al menos no estarás abandonada á manos extrañas!

»Francisca se alegra mucho de lo que la dices de tu salud, y de la suerte que tienes en estar en una casa rica y honrada.

»Es una gran suerte, hija mía, y tu pobre hermana no la tuvo. Estuvo siempre mal colocada, en casas de poca importancia, en donde trabajaba mucho y ganaba poco, y además expuesta á miserias que la produjeron la pena de que murió.

»Me había confiado sus cuitas.

»Pobres criaturas; os sucede lo mismo que á vuestros hermanos los marineros, que están siempre en el agua amenazados de grandes peligros.

»Estáis perdidas en una ciudad peor que el mar y en donde hay más abismos que en la bahía de los Trepasés, que es tan peligrosa.

»Cumple bien con tu deber, hija mía, y procura evitar los malos pasos.

»Trabaja con fé y reúne una fortunita para volver después al país, á ménos que encuentres un joven honrado que comprenda lo que vales y que te ame como mereces ser amada.

»Por ahora, á pesar del placer que tendríamos en verte, no te aconsejo que vengas á Treogat.»

Este parrafito escitó mi curiosidad.

Miré á Ana María.

Se había puesto de pronto pálida y retorció entre sus dedos, un poco crispados, las cintas de su delantal.

«Tu madrina te quiere como si fueras su hija, y sin embargo, estaba deseando que te marcharas á París.

»Tú sabes por qué.

»Ese desgraciado de Daniel Plouer, á quien compadezco más bien que acrimino está á punto de perder la razón.

»Desde que le despreciastes por irte á París, se ha vuelto salvaje como un lobo; abandona sus bienes y su barca permanece amarrada semanas enteras, pudriéndose en nuestro puertecito.

»Daniel era, sin embargo, el mejor marinerero de la costa, y su padre le había reunido un buen lote de tierra.

»Hubierais podido ser felices tal vez y vivir con desahogo y trabajando los dos.

»Tu no quisistes.

»Eres libre.

»Pero eso ha sido una gran desgracia para el pobre muchacho.

»Ya no trabaja sus campos, ni pesca.

»Su casa, que era la más limpia de la aldea, está tan mal cuidada que ha caído al jardín un pedazo de pared.

»Desde hace tres años anda errante como

un salvaje y pasa una gran parte del tiempo sentado en la roca de Trebourden que domina la casa de tu madrina.

»Contempla la pobre estancia como si esperara verte á través de las paredes.

»Se teme que haya perdido la cabeza

»Sin embargo, su locura no es peligrosa hasta ahora, pero puede llegar á serlo.

»Si Francisca no te instó más el año pasado para que te quedaras, fué por que había oído al desgraciado Daniel proferir algunas amenazas contra tí.

»Su estado no ha mejorado.

»Al contrario.

»Estas son las noticias que puedo darte del país, mi pobre Anita.

»No te aflijas. Pueden cambiar.

»Daniel viene algunas veces al presbiterio; procuro disuadirle y curarle de esa funesta pasión.

»Cuando no va á la taberna, se muestra bastante tranquilo; pero la embriaguez le mata y bebe para aturdirse.

»¡En fin, esperemos!

»Jocelyn Carhel, el aduanero, encontró esta mañana á tu madrina.

- »La encargó que te diera recuerdos.
- »Es un honrado y buen muchacho.
- »Le han propuesto varias jóvenes del país; pero responde que no quiere casarse.
- »Este es otro que de buena gana se hubiera casado contigo, si tú hubieras querido.
- »Pero eras un poco orgullosa, y soñabas con ese París que os atrae á todas, por desgracia.
- »Que ese orgullo te sostenga y te impida cometer acciones de que no tardarías en arrepentirte.
- »Termino esta carta, que se ha hecho demasiado larga, por el placer de hablar contigo.
- »¡A mi edad se puede hablar á las jóvenes!
- »Te he visto nacer; te enseñé el Catecismo y te dí la primera Comunión.
- »Conozco tu corazón.
- «¡Eres una buena muchacha!
- »Procura ser juiciosa y consérvate tan pura como el agua de nuestra bahía de Audierne, la mar de esmeralda, tan clara, que se ven en el fondo las verdes algas y los peces que bullen.

- »Adiós, mi querida hija, adiós.
- »Cuando pienso en vosotras, os compadezco.
- »Estáis como los cristianos arrojados á las fieras.
- »Defiéndete, y cree que, en tu estado de pobreza y de soledad, una buena conciencia es la que puede sostenerte, y la esperanza de otra vida, en la cual pagará cada uno según sus obras.
- »Te abrazo, mi pobre Anita, con la ternura de un anciano para su querido hijo, y te amo como un padre.

Tu anciano rector,

JUAN MARÍA PLOUDSEN.»